

EL ESPIRITU DEL 15 DE JUNIO



OY habla el pueblo. Cualquiera que sea el resultado del escrutinio, dos hechos quedarán ratificados: el pluralismo de las opciones políticas y la determinación democrática del pueblo español.

Hoy es el día en que pasaremos de la democracia como idea a la democracia como técnica de organización política. Hoy se concretan los fundamentos de voluntad de un régimen político consecuente con las convicciones mayoritarias del país.

Nosotros queremos contribuir a normalizar la significación de las elecciones generales, que no deben ser entendidas ni como catalanismo ni como panacea. Es simplemente que el país se da a sí mismo un modo de existencia política acorde con su existencia social, económica y cultural.

La fecha de hoy debe alumbrar una convivencia nacional expurgada de ira y de antagonismos insolubles, porque en las urnas se concluye la tensión del tránsito a la democracia. Nosotros pensamos que la etapa del proceso dialéctico de la transición ha terminado y que ya no resultarán comprensibles las invectivas acumuladas para hacer odiosa la continuación del sistema político precedente ni, desde la posición contraria, la pretensión de asimilar el cambio de sistema a la disolución y hundimiento de todo orden posible en la comunidad nacional. El dramatismo dialéctico debe ser superado por la integración bajo sanción democrática.

El régimen político que parece lo hace por agotamiento, por extinción de su capacidad de respuesta a las nuevas necesidades y demandas colectivas que en buena medida contribuyó a suscitar. El nuevo régimen se alumbró desde la confianza de una mejor sintonía con los valores de la sociedad actual y una mayor aptitud para resolver los problemas del presente y enfielar el futuro. Un régimen político concluye y otro se inaugura en función de la exigencia de una realidad continua y permanente: España.

La coherencia de los antagonismos debe dejar paso al espíritu de cooperación en una nueva etapa en la que todos tienen un lugar. Este es quizás el mensaje civil más importante que nos trae este 15 de junio. La grandeza de esta nación, la complejidad de sus problemas, la magnitud legítima de sus ambiciones de libertad, justicia y bienestar hacen imprescindible la colaboración de todos en una óptica de comunidad global. Nadie sobre. Ningún sentimiento respetable, ninguna aportación razonable deben ser lesionados o desatendidos, porque entramos en un nuevo mundo que reorienta el sentido y pone en tensión todos los recursos morales, intelectuales, económicos y técnicos del país.

En el año 71 del siglo XX nos empeñamos una vez más en un propósito que pareciéndonos tan dificultoso es, sin embargo, la condición normal de vida de los países de nuestra cultura: países que no nos superan en talento, trabajo o patriotismo. La democracia ha fracasado en España repetidas veces. Quizá la razón de los fracasos anteriores estriba en que nos afanábamos en instalar el más sofisticado aparato de la democracia sin el espíritu de la democracia, justificando en la mayoría la facultad de sofocar los derechos y opiniones de todos los demás. Cuando no podía establecerse de modo inequívoco quien representaba la mayoría se recurría al golpe de Estado o a la revolución para dirimir cualquier duda. En aquellas mayorías estaba refugiado pugnaz e intolerante el espíritu de la dictadura.

Cualesquiera que sean las opciones concretas que resulten favorecidas, hoy 15 de junio, es día de integración, no de fragmentación. El pluralismo es una fuente de riqueza política, social y cultural. La propia sociedad se encargará de reducir los excesos a sus específicas necesidades funcionales.

NO A LA ABSTENCION



HASTA hace unos días todavía, algunos —bastantes— españoles se preguntaban: ¿A quién hay que votar? Porque, afañados, hay demasiados programas prácticamente iguales. Y muchos puntos comunes en algunos que, en principio, parecen contrapuestos. Eso, que ciertamente se presta al confusiónismo, en algunos sentidos es buena señal, amigo elector, colega en ciudadanía. Indica claramente que, si bien entre algunos partidos sí existen decisivas diferencias, en ciertas cosas importantes las propagandas han llegado a la conclusión de que todos debemos coincidir, no tanto en pactos políticos concretos como en un consenso para no hacernos la vida imposible dentro de la casa común. No obsta a ello que, una vez en el Poder, mucha gente se desdiga de sus latiguillos electorales o, dentro de una intachable buena fe, cada partido aplique criterios e instrumentos diferentes para esas cuestiones que requieren, en efecto, un consenso nacional. Con todo, hay partidos que no han ocultado nada donde quieren ir en definitiva, sin temor a las contradicciones existentes entre lo que dicen cuando hablan para la prensa y lo que predicán en los mítines.

Vote hoy usted al partido cuya propaganda haya despertado más ecos en su ánimo. O bien a aquellos, sean cuales fueren sus consignas, que sigan por su bien conocida significación una línea más afín a lo que crea usted más adecuado al presente histórico. Es difícil encontrar, desde una posición mental de auténtica independencia, un programa que le llene a usted por completo. No busque, en nadie, la perfección; vote hoy usted, si no sabe a quién hacerlo, a quien le parezca un mal menor. En todo caso, piense que en determinadas coyunturas históricas, lo importante, lo único que cabe hacer, es evitar nuevas catástrofes. Tal vez no le gusten a usted los extremismos y, entre las diversas opciones que requieren para sí el representar la moderación, no encuentre diferencias decisivas. No le preocupe este último demasiado. Nadie ha logrado todavía definir claramente las diferencias entre republicanos y demócratas en los Estados Unidos. Sólo que no somos los Estados Unidos y aquí no se trata solamente de renovar una Administración, sino de algo tan decisivo como los apellidos que pueda llevar la futura democracia.

Vote hoy lo que usted quiera. Arriésguese a que luego las cosas no vayan a su gusto personal, pues en política una vez en el Poder no se puede complacer a todos. En las siguientes elecciones podrá

rectificar, que es lo bueno de las democracias liberales... Pero asegúrese, eso sí, de que lo que va a votar es reversible. Una vez hechas las elecciones, piense que el ganador, del color que sea, va a tener que afrontar problemas harto difíciles y decisivos para todo el rumbo futuro del país.

Si cree que la izquierda es la imaginación creadora, vote a la izquierda. Si cree que el país necesita estabilidad, prudencia, diálogo, convivencia, vote al centro. Si cree que este país solamente es gobernable anteponiendo a otras cosas el principio de autoridad, vote a la derecha.

Pero no se abstenga, no pretenda de ignorancia, ni por comodidad (se paga muy cara la comodidad en las crisis colectivas), ni por entender que la política no le afecta. La política gravita decisivamente sobre nuestros modestísimos destinos personales. Hace muchos años que G. B. Shaw escribió que, ya en tiempos de Juana de Arco, los políticos pasaban demasiadas veces, espada en mano, por delante de las casas de los campesinos para que éstos pudieran permitirse ignorar a los políticos. Y Julián Marías ha escrito que, si la política difícilmente puede darnos la felicidad, en cambio puede muy fácilmente quitárnosla. Por tanto, tremendo error es inhibirse ante las elecciones, sobre todo cuando éstas tienen las especialísimas, decisivas características de éstas. Es tanto como esconder bajo el ala la cabeza ante un factor esencial de nuestras vidas personales, frente al que no podemos evadirnos de decidir en uno u otro sentido.

No votando, actúa usted contra sus propios intereses. Difícilmente podremos llamarnos Andana frente a la política social y económica que desarrollen unos u otros, ni del cambio de estructuras sociales y políticas. Sólo se puede uno permitir ese lujo, y aún así no es recomendable, cuando se está en una etapa colectiva de bienestar económico y social.

Pero además tiene usted obligaciones, no sólo para consigo mismo, sino para con los demás. Su voto influye sobre los destinos de todos sus conciudadanos, de sus hijos, de sus amigos. Vote al candidato más simpático, o al que le parezca más sólido o más preparado. Pero piense que, al votar, elige usted el tipo de España que desea para el futuro. Influye usted (y los "ustedes" indecisos o abstencionistas pueden ser transcendentales en los resultados) en la medida normal y posible, en el presente y en el futuro de su país. Por consiguiente, grave verdad es la del "deber cívico". Y usted, estimado colega en ciudadanía, está irreversiblemente embarcado en esta nave que se llama España.

S. N.

